



# Marco teórico programa de formación del carácter, habilidades socioemocionales, afectividad y sexualidad PASOS UANDES




## INTRODUCCIÓN

Los cuatro marcos teóricos del Programa Pasos UAndes abordarán los siguientes temas: 1. Yo y mi mundo. 2. Yo y los demás. 3. Yo quiero amar. 4. Yo puedo dejar huella. En estos horizontes descriptivos de la persona humana el modo de ser de cada uno, la conciencia de sí mismo, el vínculo con otros y el propio lugar en el mundo son los ejes en torno a los cuales girará la reflexión. En este marco teórico introductorio, en cambio, el énfasis está más que nada en la relevancia que en el Programa Paso UAndes se da a la formación del carácter de la persona a través del cultivo de la virtud (sin detenernos de manera concreta en ninguna virtud en particular).

El carácter proviene etimológicamente del griego *kharaktēr* (χαρακτήρ), que significa “marca”, “sello”, “huella” o “signo distintivo”. En su origen, el término se usaba para designar la impresión que dejaba un cuño o grabado sobre un objeto, y más tarde adquirió un sentido figurado para referirse a las cualidades que dejan una impronta en la personalidad humana. En este sentido, el carácter alude al modo de ser propio y singular de cada individuo, aquello que lo distingue de los demás y define su identidad moral y conductual. En palabras de Tomás Lickona, el carácter es lo que realiza una persona cuando nadie la ve. Hay que distinguir lo que es el carácter, del temperamento, J. Aumann (1980), define el temperamento “como el patrón de inclinaciones y reacciones que proceden de la constitución fisiológica del individuo” (p. 140). El carácter se construye cuando el individuo “se enfrenta al mundo haciendo uso de sus distintas facultades, es decir, en su sentir y en su obrar, en sus decisiones voluntarias, valoraciones y objetivos, en sus juicios y orientaciones espirituales, con todo lo cual adquiere su existencia individual una fisonomía que le diferencia de los demás” (Lersch, 1966, p. 41). Depende, por tanto, de la libertad de cada persona que, sobre la base de su temperamento, decidirá como fortalecer sus debilidades y promover sus fortalezas.

Para la formación del buen carácter es la virtud la que juega el rol principal. Si hacemos caso del juicio del poeta francés Paul Valéry (1871-1945), formulado hace ya varias décadas, virtud es una palabra en decadencia, en franca declinación (véase nota al pie)[1]. Aunque a lo mejor ese juicio de Valéry acertaba parcialmente en su diagnóstico, también es cierto, que hoy ha cobrado nueva vida a través de la ética de la virtud. La virtud conserva su conceptualización positiva, no solo en el lenguaje y en la argumentación filosófica y ética, sino también en la conversación cotidiana, en el plano educativo y en el discurso no tan reflexivo. Cuando se habla, por ejemplo, de un “virtuoso” del piano, todos comprenden que dicha calificación apunta a destacar la maestría, la destreza, el oficio, el eximio talento y competencia que tal músico manifiesta al momento de interpretar una sonata de Beethoven o un concierto para piano de W. A. Mozart (por mencionar un par de compositores geniales que privilegiaron y embellecieron el desarrollo de este instrumento). A Claudio Arrau (1903-1991), prestigioso e inigualable pianista chileno, los entendidos en interpretación musical solían calificarlo de “virtuoso” pianista. Pero este virtuosismo de Arrau no fue innato ni espontáneo, tuvo que dedicar horas y años de estudio y de práctica pianística para llegar a ser el eximio intérprete que fue. Lo mismo sucede respecto de la excelencia que muestra alguien en cualquier otra actividad humana. Es decir, el virtuoso es una persona que resalta y brilla de un modo especial y notorio en aquello por lo que precisamente recibe el apelativo señalado. Nadie es virtuoso sin destacar particularmente en algo. El virtuoso no es todo aquel que ejecuta una determinada actividad, profesión, etc., sino que es aquel que, al momento de hacerla, la lleva a cabo de una manera digna de elogio y de genuino reconocimiento.


[1] “Virtud, señores, la palabra “virtud”, ha muerto o, por lo menos, está a punto de extinguirse [...]. A los espíritus de hoy no se les muestra como la expresión de una realidad imaginable de nuestro presente [...]. Yo mismo he de confesarlo: no la he escuchado jamás, y, es más, solo la he oído mencionar en las conversaciones de la sociedad como algo curioso o con ironía. Podría significar esto que frecuente una sociedad mala si no añadiese que tampoco recuerdo haberla encontrado en los libros más leídos y apreciados de nuestros días; finalmente, me temo que no exista periódico alguno que la imprima o se atreva a imprimirla con otro sentido que no sea el del ridículo. Se ha llegado a tal extremo, que las palabras “virtud” y “virtuoso” solo pueden encontrarse en el catecismo, en la farsa, en la Academia y en la opereta». Discurso en la Academia Francesa (sin referencia editorial).



En el fondo, la virtud es una especie de ideal en el comportamiento humano, en el sentido de que funciona como modelo a seguir, como el paradigma o el ejemplo que vale la pena mirar y, por qué no, admirar. Es actuar u operar de buena manera, y también hacerlo de forma habitual (un hábito). Más aún, y sin que sea necesaria demasiada especulación, casi intuitivamente se contraponen la virtud al vicio, entendido este último como el hábito opuesto, o sea, como un hábito que no se considera bueno y, por ende, que se busca corregir o al menos atenuar. En este sentido, es poco menos inevitable comprender que un vicio es dañino y que, en cambio, una virtud favorece a la persona que la posee. En la mayoría de los casos, por no decir todos, la experiencia vital muestra que nadie intenta rectificar una conducta virtuosa, pero sí un comportamiento vicioso. Si imaginamos un caso ficticio, no se reprende al virtuoso actuar de Víctor (nombre supuesto) rescatando a un bañista que se ahoga, sino el del mismo Víctor que empañaría su compromiso como salvavidas al poner en riesgo su salud y su condición física si fumara tres cajetillas de cigarrillos al día (fumar todos los días tal cantidad de cigarrillos sería visto como un vicio, sobre todo en alguien que necesita estar en forma para proteger a nadadores en peligro).

Esta connotación positiva de la palabra virtud que se destaca en cualquier ámbito humano, adquiere todavía mayor importancia y consistencia es el plano moral. Una persona virtuosa éticamente es alguien muy valioso para la comunidad, pues se vuelve una persona confiable en la que los demás le confidencian aspectos íntimos, generalmente porque van en busca de orientación y de apoyo.

Sobre la noción de virtud hay muchas definiciones. Uno de los más célebres tratados de ética en la historia de la filosofía es el libro de Aristóteles (384-322 a. C.) *Ética a Nicómaco*. Allí, en el capítulo II, 6 el autor dice lo siguiente: “Es, por tanto, la virtud un modo de ser selectivo, siendo un término medio relativo a nosotros, determinado por la razón y por aquello por lo que decidiría el hombre prudente. Es un medio entre dos vicios, uno por exceso y otro por defecto, y también por no alcanzar, en un caso, y sobrepasar, en otro, lo necesario en las pasiones y acciones, mientras que la virtud encuentra y elige el término medio. Por eso, de acuerdo con su entidad y con la definición que establece su esencia, la virtud es un término medio, pero, con respecto a lo mejor y al bien, es un extremo”. Para entender correctamente esta definición conviene que analicemos brevemente algunas de sus afirmaciones. La virtud no es algo con lo que se nace, sino que se adquiere reiterando una y otra vez una determinada conducta, hasta convertirla en un hábito. La virtud es un hábito, en este caso un “hábito operativo bueno” (como el vicio es un “hábito operativo malo”). Es, además, un “hábito selectivo”, según lo señalado por el filósofo griego. Supone, por ende, una elección, una preferencia, querer un determinado modo de ser para sí mismo, que se ha pensado como un ideal para el yo, como un cierto estatus moral digno de ser alcanzado por dicho individuo. La persona se hace misericordiosa, por ejemplo, cuando continuamente practica la misericordia con sus semejantes, o lo mismo sucede con la valentía. Nadie es misericordioso o valiente por mera casualidad. Arturo Prat, por citar un hecho histórico, fue sin duda valiente al abordar el Huáscar en la batalla naval de Iquique del 21 de mayo de 1879, sabiendo los riesgos que corría al saltar al barco de guerra adversario. Pero probablemente dicha acción dotada de coraje no fue un acto impulsivo en él, sino que es posible suponer con cierta razonabilidad que Arturo Prat fue un hombre que se fue haciendo así mismo de tal modo, que al momento del peligro, respondió con la heroicidad y con la valentía por todos (re)conocida. Un caso muy distinto, y que recibió juicios morales negativos, fue el del capitán del barco *Costa Concordia*, navío italiano de pasajeros que se accidentó frente a la isla de Giglio el 13 de enero de 2012, hecho que provocó 32 muertos y 64 heridos. Este capitán fue uno de los primeros en abandonar el barco, incumpliendo así su responsabilidad de permanecer en su puesto de mando hasta que el último de los pasajeros y de los miembros de la tripulación hubiese sido rescatado o hubiese salido del buque. Debido a sus propias acciones, Prat y el capitán italiano están en las antípodas morales respecto del comportamiento de cada uno en una situación peligrosa y desfavorable. Pero tanto Prat como el capitán del otro barco pudieron haber hecho algo distinto, si ellos hubiesen poseído virtudes o vicios diferentes. Ni uno ni otro nacieron con la virtud o con la debilidad moral que mostraron en las difíciles circunstancias que afrontaron.



Por otra parte, la definición ya citada menciona la expresión "... un término medio relativo a nosotros". Esto es muy importante, puesto que refiere a que la virtud dista de extremos negativos, ya sea por exceso o por defecto. Un ejemplo del mismo Aristóteles se da cuando nombra la virtud de la generosidad (en el libro IV de la obra señalada). Entiende la generosidad como una virtud moral que se aplica fundamentalmente en relación con el dinero. Es un "término medio" entre un exceso, la prodigalidad, y que en resumidas cuentas apunta a aquel que gasta su dinero incluso en cosas muy superfluas, al punto de derrocharlo; y el otro extremo, en este caso muy defectuoso, es la avaricia, y que se orienta a retener el dinero sin nunca gastarlo, ni siquiera en lo que pueda ser necesario. Pues bien, bajo el criterio aristotélico, quien posee la virtud de la generosidad ni gasta despilfarrando, o sea, usándolo desmedidamente para lo que sobra; ni retiene el dinero a fin de no gastarlo en lo que le falta, descuidando incluso el sustento y el bienestar razonables. La palabra "medio" aquí tiene que ver con que, en la concepción de Aristóteles, este "término medio" es la cima de la conducta humana. Es a lo que máximamente puede aspirar un hombre o una mujer cuando actúa. Pero no solo es un término medio, sino que, en cuanto al bien de las personas, lo es en relación con la situación particular de cada cual. No es el mismo término medio igual para todos, puesto que no es un medio matemático, como el número 8, por ejemplo, que es el término numérico equidistante entre 4 y 12 (de ambos dista 4). En torno a las cosas, el término medio es siempre el mismo en cualquier caso. En el plano de la acción moral, en cambio, la conducta virtuosa se pondera conociendo también las circunstancias precisas, el sujeto que lleva a cabo la acción, sus necesidades y sus posibilidades. En una misma situación, el término medio de un involucrado y de otro puede ser diferente, dado que las particularidades personales de cada uno varían y no pueden ser ignoradas. Propongamos nosotros un ejemplo para explicar con mayor claridad esta idea. En alguien hambriento, privarse de un alimento en favor de otro igualmente hambriento es un acto virtuoso. Pero en alguien con la despensa de su cocina rebosante de comida para mucho tiempo, privarse de un alimento para que pueda comerlo una persona que carece del alimento mínimo para subsistir es una exigencia moral indiscutible. Si el individuo del primer caso y el del segundo caso se privan del alimento, es claro que el mérito moral de uno y otro se diferencia enormemente, dadas las singularidades tan disímiles que se presentan en ambos, pues, mientras uno no tiene con qué saciar su hambre, el otro sí. Esto último, obviamente, no implica relativizar las virtudes, pero sí enmarcarlas en la peculiaridad de cada individuo. Tal vez puede ser retóricamente efectivo decirles aquí que la virtud es "relativa", pero relativa a algo objetivo: las condiciones de cada uno.

La idea aristotélica sobre la virtud moral nos muestra que ella es un hábito por el cual alguien se hace bueno (en el plano ético, se entiende) y, además, contribuye a que esa persona realice adecuadamente la tarea que le ha sido confiada. Como ya hemos dicho, es un hábito operativo bueno. La virtud moral es el *ethos* (de donde viene ética), palabra griega que alude a una costumbre o a un hábito que identifica a alguien, y que a su vez nos dice bastante acerca de cómo es esa persona y, por ende, acerca de qué conductas podemos esperar de tal individuo. Para Aristóteles, en todo caso, ser o hacerse moralmente "bueno" no es una tarea que sea tan fácil de lograr, ya que hay que encontrar el punto medio entre extremos contrarios y actuar conforme a ese punto medio que, en el fondo, representa una cima o cumbre en el comportamiento de hombre. Como ya hemos reiterado en este documento, este punto medio es la virtud.

Otro autor significativo en la reflexión sobre el concepto de virtud es San Agustín (354-430 d. C.). Este filósofo califica la virtud como "la buena cualidad mental, por la que se vive rectamente y de la que nadie hace un mal uso" (en obras como *De libero Arbitrio*, II, 18-19; *Cont. Juliano*, IV, 3). Por consiguiente, la virtud ayuda al hombre a que viva rectamente, o sea, de un modo apropiado al ser que es. Una virtud refuerza y perfecciona algo que ya está en la naturaleza humana. Por ejemplo, el hábito virtuoso de comportarse de modo justo contribuye a que el sujeto pretenda quedarse solo con lo que es suyo y no con aquello que no le pertenece. Por consiguiente, y aunque parezca repetitivo, una virtud "es un hábito operativo bueno" (por hábito se entiende una acción que se ha convertido en costumbre, que se hace de modo habitual, valga la redundancia). Ya hemos dicho que nadie nace poseyendo una determinada virtud, sino que ha de adquirirla o formarla.



Por eso, cuando se habla de una virtud "natural" no se está sugiriendo que alguien nazca con ella, sino que dice relación con lo que el hombre puede lograr haciendo uso de sus facultades naturales. En consecuencia, una virtud es algo que una persona logra con su esfuerzo a lo largo del tiempo. Quien ha adquirido el hábito del estudio, por ejemplo, se ha dado a sí mismo un atributo que es bueno, y que complementa la disposición natural al conocimiento por parte de la inteligencia humana. Esa inteligencia ya existía en tal persona, pero el ser estudioso no. Tuvo que formarse a sí mismo en ese aspecto, a costa de "quemarse las pestañas", usando una expresión coloquial, leyendo y repasando durante muchas horas las materias de su interés y de su formación.

El ser humano no podría adquirir virtud alguna si todas sus facultades estuviesen determinadas por completo de una manera innata. Si existiesen desde siempre, no sería necesario adquirirlas. Así como un ser humano que nace con sus dos piernas no camina de inmediato, tiene que aprender a hacerlo, una virtud perfecciona a una potencia (las piernas del sujeto sin que todavía sepan caminar, por seguir con la analogía) para que ella opere, actúe. En el caso de las virtudes morales, estas virtudes no están dadas de antemano, requieren ser "conseguidas" por el sujeto, propósito que logra cuando se comporta de manera frecuente en una determinada dirección moral, en una dirección que normaliza un cierto proceder. Tal como escribe el filósofo alemán Josef Pieper (1904-1997), "Virtud, en términos completamente generales, es la elevación del ser en la persona humana. La virtud es, como dice Santo Tomás, *ultimum potentiae*, lo máximo a que puede aspirar el hombre...".[2]

Podemos concluir, por tanto, señalando que la virtud es un buen hábito y, en el horizonte de la acción humana, lo mejor que alguien puede alcanzar. Y, por otra parte, queda claro también que no siempre que se habla de virtud se alude moralmente a este concepto, puesto que se puede ser virtuoso en comportamientos de un contenido no moral (un virtuoso del tenis es muy diestro cuando juega ese deporte, pero no necesariamente es una buena persona -y si es también buena persona en el plano moral-, no lo es por ser un virtuoso tenista). Pese a ello, es manifiesto que en esta unidad lo que interesa prioritariamente es comprender de manera adecuada el ámbito moral de las virtudes y el significativo papel que ellas desempeñan en el modo de ser de alguien y en la manera en la que se comporta habitualmente, es decir en el carácter de cada persona.

## Bibliografía

Aristóteles (2002). *Ética a Nicómaco*. Alianza Editorial, Madrid (traducción de José Luis Calvo Martínez).

Pieper, Josef (2007). *Las virtudes fundamentales*. Ediciones Rialp, Madrid, (traducción de Rufino Gimeno Peña).

Spaemann, Robert (1998). *Ética: cuestiones fundamentales*. Eunsa, Pamplona, (traducción de José María Yanguas).

Wittgenstein, Ludwig (1995). *Conferencia sobre ética*. Ediciones Paidós, Barcelona, (traducción de Fina Birulés).

[2] Pieper, Josef. *Las virtudes fundamentales*. Ediciones Rialp, Madrid 2007, p. 12.




## UNIDAD 1: YO Y MI MUNDO

Todo ser humano busca conocer no sólo la realidad que le rodea, sino también de modo central a sí mismo. Ninguna persona puede saber sobre el mundo sin a la vez tomar nota del ser que es: de su historia, de su pertenencia a un entorno familiar y a un país o lugar, de sus aficiones, aptitudes e intereses, de sus emociones predominantes y de aquellos aspectos que quiere o debe corregir; en síntesis, de aquello que constituye de manera central su carácter y su especificidad. Este autoconocimiento es muy importante, pues es la base para una más armónica convivencia con los demás. El que se ignora a sí mismo no puede situarse adecuadamente en el mundo. De ahí lo fundamental que resulta descubrir ante los propios ojos esta faceta que podemos denominar “identidad personal”, como el núcleo interior de cada persona que lo distingue frente a los otros y que al mismo tiempo sirve de punto de partida de todas sus relaciones.

En tal sentido, obviamente es conveniente que toda persona, sobre todo en las etapas iniciales de su vida (por ser aquellas en las cuales el individuo se está formando más significativamente), esté en un entorno familiar, afectivo y educativo que contribuya a que aprenda a querer y respetarse a sí mismo, y sea alentado y favorecido para ser alguien alegre, responsable, confiable y que, además, sepa cultivar el ejercicio de distintas virtudes que fortalezcan su carácter, le den reciedumbre o resiliencia ante las dificultades de la vida y lo hagan creíble ante el prójimo y amistoso y bien dispuesto con él. Este espacio más íntimo de cada sujeto supone una autopercepción, o sea, una forma de observarse a sí mismo a través de su paulatino crecimiento y conocimiento de sí.

Este ser único e irreplicable que cada uno es resulta también decisivo en la formación de la personalidad y del propio carácter (ese modo de actuar a partir de las propias cualidades que diferencian al yo del resto). La conciencia y las convicciones de cada uno juegan aquí un papel clave. Por ello, resulta esencial que cada persona, sobre todo en aquel periodo de su vida en el que se está constituyendo su identidad moral y social, sepa reconocerse tal cual es, es decir, verse en su verdad intrínsecamente digna como ser humano, en la que su propia mirada sobre sí sea coherente con lo que efectivamente es. La identidad de cada cual no se inventa, sino que se descubre, a partir de la experiencia consciente de sí mismo, lo cual arroja cierta luz sobre la propia vida. De este modo, la existencia posee algo de tarea a asumir desde un reconocimiento de lo más propio y personal, que se enmarca en un estatus biológico -corporal-, biográfico, familiar y comunitario.

El filósofo Charles Taylor apunta a que la identidad personal y la moral van estrechamente entrelazados. Desde su mirada, al ser humano le conviene más apuntar a lo que es bueno ser antes que a lo que cabe hacer (esto último depende de lo primero). Cuando Taylor considera al yo en el espacio moral, señala que hablar de identidad supone responder a la pregunta: ¿Quién soy? Esta pregunta que cada sujeto se dirige desde su intimidad se contesta aludiendo a un nombre y a una genealogía, pero más que nada entendiendo lo que es sumamente importante para todo individuo: saber quién es implica conocer dónde se encuentra. La propia identidad se manifiesta por los compromisos e identificaciones que proporcionan el marco u horizonte dentro del cual alguien intenta determinar lo que es bueno, valioso, lo que se debe hacer, lo que aprueba o incluso a lo que esa persona se opone. Es el horizonte dentro del cual el yo adopta una postura. De hecho, la “crisis de identidad” es una pérdida de los horizontes de significación, una desorientación respecto de quién es uno. Una persona alienada -fragmentada de su intimidad- se extravía porque no logra comprenderse adecuadamente.



Por consiguiente, es la propia identidad lo que permite a alguien definir lo que es fundamental y lo que no lo es (por ejemplo, los propósitos o proyectos que estima valiosos llevar a cabo o que desecha porque ya no le son tan relevantes). Dicho eso, reconocerse a sí mismo como un yo implica darse cuenta de un rasgo esencial de la acción humana, la imposibilidad de sostenerse sin una cierta orientación al bien (esto conforma parte de la responsabilidad sobre el propio yo). Lo que cada uno es, su identidad, se expresa por la manera en que las cosas son significativas para ese individuo (y por las cuales posiblemente se esfuerce por conseguir). Uno es uno en medio de otros. El yo jamás se describe sin referencia a quienes lo rodean. De eso cualquiera se da cuenta en su propia intimidad. Cada uno define quién es al ubicar el sitio desde donde habla; sea en su origen familiar, sea en el espacio social (en las funciones que realiza) y, principalmente, en el espacio de la orientación moral y espiritual dentro del cual existen sus definiciones más importantes.

Según el filósofo Robert Spaemann, hay una facultad moral en el ser humano que apunta a que todos los seres humanos tienen derecho a ser percibidos como una exigencia para que nadie sea dejado de lado. Las acciones humanas son correctas o falsas según respondan o no a esa responsabilidad mutua del yo al prójimo y del prójimo al yo. En consecuencia, entenderse a sí mismo y mirarse en el “espejo” de la intimidad es también hacerlo previendo y asumiendo lo clave que es ponderar la manera en que la persona se comporta y las conductas que realiza.

Por consiguiente, si se piensa tanto en la experiencia personal de cada uno como en las reflexiones de Taylor y Spaemann, es notorio que existe una íntima conexión entre nuestro sentido del bien y nuestro sentido del yo. Es claro que la cuestión de nuestra condición jamás se agota en lo que cada uno es, porque siempre existe la posibilidad de ir cambiando como persona, aunque nunca se llegue a cambiar de manera absoluta, pues hay un fundamento de lo que somos. Así, lo verdaderamente importante no es sólo dónde estamos, sino hacia dónde vamos. Se plantea la cuestión de la dirección de nuestras vidas (que, en el fondo, es una consideración acerca del rumbo que cada uno elige para su existencia), dado que nadie es ni puede ser indiferente al bien (en ese punto se manifiesta un rasgo clave de la intimidad). Esta orientación al bien y la necesidad de hallar un sentido de la vida implica una conciencia de lo que es valioso y de lo que vale la pena resguardar. Un adecuado conocimiento de sí mismo no puede ignorar esta relación moral preferente, tanto en su vertiente hacia el propio yo como en su vertiente hacia otros (esto no sólo plantea las obligaciones del yo hacia el prójimo, sino también del prójimo hacia el yo). Dar sentido a nuestra acción actual requiere de una comprensión narrativa de la propia vida. Y mientras nuestra vida se proyecta, avalando la dirección que en ese momento lleva o le confiere una nueva, se proyecta a la vez una futura narración para la vida que se espera.

Hay una responsabilidad ante uno mismo (o de sí mismo) y ante la vida del otro. Esta responsabilidad (que aparece como una voz de la conciencia en la propia intimidad) ordena la acción de cada uno sin olvidar que esas acciones traen consecuencias también para otros. En múltiples ocasiones se nos hace patente que la propia vida es también importante para otros. La responsabilidad para con el ser humano tiene su fundamento en el derecho de cada uno de ellos a ser percibido por los demás no sólo como objeto, sino también como alguien. Como sujeto libre requerimos también el auxilio de otros y, a su vez, el otro necesita de nuestro auxilio como seres humanos que comparten su don y comunican su necesidad.

Este reconocimiento de la dignidad personal, tanto de sí mismo como de cualquier otro ser humano, indica una pauta fundamental para guiar cualquier acción humana. Esta orientación que, Wojtyła llama “norma personalista de acción” podemos formularla de la siguiente manera: “la persona es un bien tal que sólo el amor puede dictar la actitud apropiada y valedera respecto de ella”. Quien actúa guiado por este principio no lo hace por cumplir con un deber o una ley formulada de manera externa, lo hace desde su interior de manera absolutamente libre, escogiendo el bien del otro.

La persona que hace lo correcto con una disposición interna favorable al bien se vuelve, finalmente, virtuoso. Y la virtud, sea en el plano moral o un plano no moral, representa aquello más alto o excelente que el hombre puede alcanzar en el ejercicio de su conducta, pues refleja una especie de ascenso humano en su actuar, una cima o cumbre que suele ser símbolo de reconocimiento y hasta de admiración. Pero ellas nunca vienen dadas de antemano. La persona ha de conquistarla aspirando al bien, discerniendo de modo adecuado y actuando con perseverancia a lo largo del tiempo a fin de formar y forjar un carácter que sea un luminoso espejo de su intimidad.



## Bibliografía


- Cruz, Juan (1999). *El éxtasis de la intimidad: ontología del amor humano en Tomás de Aquino*. Madrid: Rialp.
- Cruz, Juan (2010). *Metafísica de la familia*. Pamplona: Eunsa. *Fundamentos de filosofía*. Ediciones Rialp, Madrid 1972.
- Choza, Jacinto y Arregui, Jorge Vicente (2002). *Filosofía del hombre. Una antropología de la intimidad*. Madrid: Rialp.
- García-Baró, Miguel (2006). *Del dolor, la verdad y el bien*. Salamanca: Ediciones Sígueme.
- Guerra López, Rodrigo (2002). *Volver a la persona. El método filosófico de Karol Wojtyła*. Madrid: Caparrós Editores.
- Grondin, Jean (2005). *Del sentido de la vida*. Barcelona: Herder, Barcelona (traducción de Jorge Dávila).
- Marías, Julián (1987). *La felicidad humana*. Madrid: Alianza.
- Millán-Puelles, Antonio (1972). *Fundamentos de filosofía*. Madrid: Rialp.
- Peña Vial, Jorge (2023). *La conjunción: una clave antropológica*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Spaemann, Robert  
(1998). *Ética: cuestiones fundamentales*. Pamplona: Eunsa (traducción de José María Yanguas).  
(1991). *Felicidad y benevolencia*. Madrid: Ediciones Rialp (traducción de José Luis del Barco).  
(1989) *Lo natural y lo racional*. Madrid: Rialp (traducción de Daniel Innerarity y Javier Olmo).
- Stein, Edith (2002). *La estructura de la persona humana*. Madrid: BAC.
- Taylor, Charles (1996). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós (traducción de Ana Lizón).
- Zubiri, Xavier (1993). *Sobre el sentimiento y la volición*. Madrid: Alianza Editorial.
- Wojtyła, Karol (2016). *Amor y responsabilidad*. Madrid: Palabra.



## UNIDAD 2: YO Y LOS DEMÁS

Nadie es el que es sin participación de otros. Desde la misma concepción de cada uno (la vida nos fue dada por nuestros padres) hasta el individuo que somos ahora -con sus virtudes y defectos- hay una insoslayable presencia de más personas que han contribuido -ojalá de forma positiva y no negativa- a la formación de nosotros mismos. La biografía o historia de cada uno está cruzada por la presencia de otros, y ese se debe en parte a que el ser humano es esencialmente un ser social, comunitario, que se forma a partir de su interacción con sus semejantes, principalmente provenientes en una primera etapa del ámbito familiar y educativo, que se desarrolla en convivencia y no en soledad. De hecho, la educación de un niño consiste también en enseñarle, además de una apertura al conocimiento de la verdad de las cosas, la necesidad de una adecuada integración con el resto de las personas, sobre la base del reconocimiento de ciertas cualidades intrínsecas de cada uno, lo que supone hacerle ver que cualquier prójimo ha de ser tratado con respeto, justicia, empatía, compasión ante su sufrimiento, atención, etc., puesto que el ser humano conforma vínculos afectivos que se fundamentan en torno a lo que racionalmente puede deducirse como el bien que es conforme a su naturaleza. Es importante hacer notar que vivimos con otros y entre otros, y no contra otros.

En su libro *Felicidad y benevolencia* Robert Spaemann alude a que una persona benevolente (benevolencia entendida como desear o querer el bien para otro) “envuelve” con sus “puntos de vista” aquello con lo que se encuentra. La benevolencia, por tanto, es amor al prójimo y, en el marco de esta unidad, sirve la consideración de este autor de que fenómenos afectivos como la simpatía, amistad, agradecimiento, etc., son “formas originarias” de benevolencia y dan cuenta de relaciones humanas sanas en las que mutuamente las personas representan alguien inviolable para el otro y encarnan la exigencia moral que se le presenta. La benevolencia se vuelve así un aspecto neurálgico de la ética, ya que reconocer a alguien como sujeto capaz de reivindicar derechos supone, en parte, amarlo con amor de benevolencia. En esta perspectiva, la benevolencia es parte del *ordo amoris* -orden del amor- indicado por San Agustín. Eso permite comprender que todo ser humano no debe ser maltratado por otro. Cualquiera que sea afectado por las acciones de los demás es sujeto de un legítimo derecho de justificación. Por ello las prioridades humanas deben fundarse en razones accesibles para todos (Spaemann ejemplifica con el caso de la alternativa de salvar la vida del propio hijo o la del hijo de otra persona; obviamente, ha de salvarse primero la vida del propio hijo por darse un mayor deber con él). Sin embargo, la solidaridad con el prójimo es con cualquiera que requiera de nuestra ayuda, pues como seres racionales sabemos que la vulnerabilidad o sufrimiento del otro siempre pueden ser acompañados desde la compasión y no desde la indiferencia, incluso cuando ya nada más se puede hacer por esa persona. De alguna manera, necesitamos estar en vela, en vigilancia, ante las situaciones ajenas que exigen un compromiso y demandan la deba atención de caridad y justicia. Por esta universalidad de la benevolencia se sigue que cualquier persona puede ser el prójimo para cualquier otra y en cualquier momento. Y ahí sí son exigibles los deberes de auxilio. Es este, por ejemplo, el punto decisivo, nuclear, de la historia del buen samaritano (San Lucas X, 30-37). Para Spaemann, el *ordo amoris* es también una jerarquía. Los demás hombres no se nos dan como cosas, sino como seres reales con quienes existen deberes. Vivimos en relaciones mutuas y el otro ha de ser respetado. La dignidad humana, de hecho, refiere a un ser que dispone de una perspectiva moral, y no permite ninguna instrumentalización que no pueda justificar ante sí. La naturaleza racional se realiza comúnmente como vida consciente de sí misma, pero que además actúa en favor del otro, sabiendo que al comportarse así también se favorece a sí mismo. Esto se hace visible con la siguiente cita: *Delectatio in felicitate alterius* (“me deleito en la felicidad del otro”). Este hecho sugiere la idea de que amar algo por sí mismo es el modo específico de autorrealización humana.



En su libro *Ética en los conflictos de la Modernidad. Sobre el deseo, el razonamiento práctico y la narrativa*, el filósofo Alasdair MacIntyre sostiene que uno de los desafíos del sujeto humano es actuar en pro de lo bueno y mejor (esto lleva a distinguir entre lo que es bueno y lo que es deseado; no siempre coinciden). Para este autor, esto se ve reflejado de manera espontánea y evidente en que a medida que la guagua se transforma en niño, aprende a distinguir entre los bienes y los objetos de deseo. “¿Por qué han de hacer los niños lo que sus padres consideran bueno para ellos en vez de lo que ellos quieren? ¿Por qué un niño debe diferir la satisfacción de sus deseos porque sus padres consideren que eso es lo mejor? Cuando esto ocurre es porque desea la aprobación de sus padres y teme su desaprobación... Pero después los padres suficientemente buenos ofrecen razones para discriminar entre objetos de deseo y anhelos de forma que el niño llegue a identificar dichas razones como buenas razones”. Estas reflexiones y ejemplos de MacIntyre muestran una idea relevante de esta unidad: la importancia de los otros en la formación de la propia identidad y, a la vez, lo significativo que es aprender a entender la propia vida como aquella que en la primera etapa existencia no se gobierna sola, sino que aprende sobre los vínculos afectivos comprendiendo los límites afectivos y morales de sus mismas acciones.

Lo anterior se enlaza con lo que el filósofo catalán Josep M. Esquirol denomina “Acciones sensatas” y que se bifurcan como “hitos cotidianos” (“el amparo del humor, de la jocosidad, de la mirada, del agradecimiento ... hitos en ‘cuyo seno yace también lo divino’ ensanchan el horizonte de la vida y -por ende- de la felicidad”). De acuerdo con este autor, la felicidad en este mundo no cabe entenderla como plenitud (pues así la decepción está asegurada), sino como un “itinerario orientado”. Supone una proximidad: “el gesto de amparo y de generosidad hacia los demás”. El autor indica que “felicidad y generosidad son momentos de la misma melodía”, pues este enlace entre generosidad y bondad surge porque “la bondad siempre da” (y la generosidad sigue fundamentalmente una dirección hacia los demás).

Esquirol apunta a una autoestima o a un “mínimo de posición”, que significa “cuidar de uno mismo y quererle convenientemente”. Esto suele ser más difícil de lo que parece, porque solemos oscilar entre los extremos (o bien nos amamos demasiado o bien nos amamos casi nada). Ningún extremo es bueno. De ahí la fantástica expresión de los filósofos Martin Buber y Franz Rosenzweig: “Ama a tu prójimo, él es como tú”. Un buen y necesario amor a sí mismo no tiene nada que ver egoísmo ni vanidad. Es de justicia, pues si alguien no se ama a sí mismo, ¿cómo podrá amar a otros? Esquirol escribe: “El egoísmo y el orgullo son la nefasta degeneración de la autoestima”. De hecho, “la generosidad no consiste en dar lo que te sobra, sino lo que eres”. Amar ya es donar (y donarse). “Dar tiempo es dar vida”. No importa si el ser generoso trae placer al que actúa así: “por qué tal fruición ha de implicar que necesariamente el dar no pueda ser gratuito”. La amabilidad (la cortesía, podemos agregar) son de por sí excluyentes de sus opuestos (“el abrazo aleja del temor; la mano abierta, el odio; ... las caricias, el llanto”, etc.). Lo que salva al mundo -concluye Esquirol-, “es la bondad cotidiana de las personas; la bondad en las acciones de unos hacia otros.

Las reflexiones precedentes nos encaminan al siguiente corolario de este marco teórico, y que corresponde a una hermosa idea del filósofo canadiense Jean Grondin, (idea que se enlaza con el primer párrafo de este mismo marco): “Vivir en el sentido, y esa es nuestra condición, es estar unido. Nadie vive sin lazos que lo unan a otros (la felicidad de los otros), a uno mismo (sin diálogo interior), a algún Bien, a alguna dirección que determina el sentido de su vida”. Por consiguiente, el amor entre personas supone el reconocimiento de una presencia, la refinada conciencia de la existencia de otro, de sus cualidades, pero también del tipo de relación que es gratuita: un padre, por ejemplo, quiere a su hijo no porque sea mejor que otros, sino simplemente porque es su hijo. “Ningún hombre ama a su ciudad porque es grande, sino porque es suya”, decían los griegos. Lo mismo suele darse en un colegio: no se quiere a un alumno por ser el mejor, sino porque es su alumno. La condición de hijo, la condición de alumno, hacen a esa persona querible tanto por sus padres como por sus profesores. No han hecho nada para merecer ese amor, pero poseen la condición suficiente y necesaria para exigir, demandar, esperar ese amor. Este amor es la dirección positiva de la inevitable necesidad de ser necesitado, es la primera faceta de la sociabilidad humana. En síntesis, no existe conciencia de sí mismo sin experiencia del otro.



## Bibliografía

- Esquirol, Josep M. (1963). *La penúltima bondad. Ensayo sobre la vida humana*. Editorial Acantilado, Barcelona, 2018.
- Grondin, Jean (1955). *Del sentido de la vida. Un ensayo filosófico*. Editorial Herder, Barcelona, 2005 (traducción de Jorge Dávila).
- MacIntyre, Alasdair (1929-2025). *Ética en los conflictos de la Modernidad. Sobre el deseo, el razonamiento práctico y la narrativa*. Ediciones Rialp, Madrid 2017 (traducción de David Cerdá).
- Spaemann, Robert (1927-2018). *Felicidad y benevolencia*. Ediciones Rialp, Madrid, 1991 (traducción de José Luis del Barco).




## UNIDAD 3: YO QUIERO AMAR

El ser humano no puede vivir sin amar y sin ser amado, puesto que los sentimientos (los afectos en general) son un aspecto decisivo de su misma existencia. Desde el inicio de la vida somos dependientes de otros, que comúnmente se ocuparon de nosotros con amor. Nuestros padres, es lo más frecuente, y también otros adultos (por ejemplo, familiares, profesores, etc.) nos quisieron desde el primer momento de nuestra vida y se desvelaron por darnos lo mejor que podían. De modo semejante solemos actuar con nuestros propios hijos u otros que dependen de manera importante de nosotros. Este amor no es un sentimiento caprichoso ni forzado, sino que consiste casi espontáneamente en querer el bien de esa persona (“ama y haz lo que quieras”, decía San Agustín). El amor está siempre unido al bien, pues no se puede amar sinceramente buscando el mal de otra persona.

En consecuencia, se aprende a vivir humanamente mostrando el lugar que lo afectivo tiene en la vida. Cada persona se entiende a sí misma y comprende el mundo que le rodea desde una perspectiva que también incluye lo anímico (por ejemplo, nos alegramos por el bien de un ser querido o de nosotros mismos o nos entristecemos si le pasa algo malo a él o a uno mismo). Esa relación afectiva comienza por el trato con el propio yo para luego desplegarse hacia los demás. Dicho esto, se hace casi evidente para cualquiera la estrecha relación entre afectividad e identidad o por qué la afectividad es tan importante al momento de comprender lo que el ser humano es. El ser humano posee una identidad que no le es desconocida. Supone una autoconciencia, una comprensión de sí mismo y que está enlazada con los afectos. Somos seres afectivos porque no podemos no serlo, no podemos prescindir de las emociones en la propia biografía. No existe una persona sin afectos, aunque algunos no siempre encaucen adecuadamente sus propios afectos.

Ahora bien, el amor como sentimiento no solamente tiene que ver con otros cercanos a nuestro corazón, sino también con uno mismo. Así como debemos amar a otros, cabe amar al propio yo que cada uno es. Y, en este primer modo de vincularse afectivamente con lo que uno es, aparece como algo central entender la propia corporalidad y sexualidad como constitutivos de lo que somos y de lo cual no estamos separados. Como seres vivos, nuestro cuerpo no es un mero conjunto de órganos, sino que configura una unidad con nosotros mismos (no se tiene un cuerpo, sino que se es el cuerpo que se tiene). El propio cuerpo sirve de puente entre la autoconciencia y el mundo. Como escribió el filósofo Wittgenstein: “el cuerpo es la mejor pintura del alma humana”.

Tal como afirman los filósofos Arregui y Choza sobre la conducta humana (fundamentalmente aprendida a partir de lo que nos enseñan otros), el propio cuerpo es ya “un objeto primario de aprendizaje”. Esto se hace notorio a simple vista, pues un niño aprende a usar su propio cuerpo (tiene que mantener la cabeza erguida, saber estar sentado o de pie, luego aprende a caminar, etc.). En la perspectiva de estos autores ese aprendizaje es a su vez un proceso social: esto significa que comportarse corporalmente es a la vez comportarse en medio de otros y validados por otros, con formas que son aceptadas (por ejemplo, damos la mano para saludar cortésmente) o rechazadas (por ejemplo, no comemos en una mesa sin utilizar los debidos cubiertos). En el fondo, disponer del mundo es disponer del propio cuerpo y viceversa (según parámetros de comportamiento). Con nuestro cuerpo nos incorporamos y nos situamos en el mundo. En su Fenomenología de la percepción Merleau-Ponty señala lo siguiente. “Mi cuerpo es mío porque se funde con el sujeto que yo soy. Forma parte de lo que cae del lado del sujeto. Mis manos no forman parte del mundo que pueda asirse, así como tampoco mis pies del mundo que se puede caminar, mis ojos del mundo visible, mis orejas del mundo audible o mi piel con su sensibilidad del mundo duro, blando, viscoso, anguloso, cálido, fríos, sabroso. Mi cuerpo no es una cosa entre otras cosas”. Según lo mencionamos, conocemos corporalmente la realidad que nos rodea y, tal como establece el filósofo Robert George, no podemos ignorar que la totalidad de nuestra experiencia es la de ser actores unificados (o sea, nada hacemos al margen del cuerpo). Por ejemplo, sentir (o ver u oír) es una acción corporal realizada por un ser viviente. El agente de esta acción es un agente corporal y no alguien que usa el cuerpo casi como un artefacto prescindible y desechable.



Lo que sucede con el cuerpo sucede asimismo con la sexualidad (somos seres sexuados y la pervivencia de la especie humana depende de la reproducción, lo que supone una complementariedad biológica y-en lo posible- integral entre un hombre y una mujer).


La sexualidad humana es el conjunto de aspectos biológicos, psicológicos, espirituales y socioculturales que, en su conjunto, configuran a toda persona como varón o como mujer. Su primera referencia es el dato genético que se despliega durante la etapa prenatal, la infancia y la adolescencia. La diferencia entre varones y mujeres guarda relación con la complementariedad que es la que permite el establecimiento de relaciones sexuales, una de la más alta manifestación que permite esta condición complementaria, aunque no la única. De ahí que se afirme que “la sexualidad es un elemento básico de la personalidad, un modo propio de ser, de manifestarse, de comunicarse con los otros, de sentir, expresar y vivir el amor humano” (de Irala & Gómara, 2012, p. 21).

Para poder abarcar los diferentes aspectos que involucra la sexualidad se puede empezar tomando en cuenta dos planos: el de la identidad y el de la relación sexual. La identidad sexual –ser persona varón o ser persona mujer– es una nota característica que está profundamente enraizada en todo ser humano y en todo el ser humano (Castilla, 1996; Diego Armida & Vargas Pérez, 2021). Esta dualidad varón-mujer está ordenada a la complementariedad, en la que ambos sexos se enriquecen mutuamente. Este plano solo puede ser comprendido si se toman en cuenta tres dimensiones: la biológica, que se refiere a las características propias del cuerpo sexuado; La psicológica personal, que se refiere tanto a los sentimientos como al comportamiento de una persona en relación con su identidad sexual, comprende un ámbito que va más allá del dato biológico, aunque no lo excluye; y la de las relaciones sociales y culturales, que se refiere a lo que en cada cultura y tiempo se estima que es un comportamiento típico para varones y mujeres. A esto se refieren los “roles de género”, que varían según los tiempos y las culturas. En el plano de la relación sexual, la identidad de varón y mujer permite una complementariedad entre sexos que posibilita un tipo de unión física entre ellos muy particular. Y esa unión física, a su vez, tiene una relación intrínseca con la procreación. Ambas variables –capacidad de unión sexual y proyección en la procreación– se actualizan a través de la relación sexual o coito. Por extensión, se puede llamar actividad sexual también a otras conductas que buscan la excitación y satisfacción sexual –en pareja, en solitario o en grupo–, aunque no respondan totalmente a la condición de complementariedad varón-mujer.

Toda relación sexual posee un sentido unitivo y otro, procreativo. El sentido unitivo de la sexualidad hace referencia a la capacidad de unión que tiene toda pareja humana. Esta capacidad hace referencia a las dimensiones biológica, psicológico y espiritual, propias de todo ser personal (Wojtyla, 2009). La unión de varón y de mujer puede llegar hasta el coito, que, gracias a la unidad substancial de alma espiritual y cuerpo, es un acto que está ordenado a “permitir la expresión de la comunión de las personas” (Semen, 2005, p. 84). Incluso cuando la unión coital prescinda de su carga espiritual y su intencionalidad relacional amorosa, los cuerpos siguen intentando expresar este dinamismo, que les es intrínseco. Vale decir, si bien la unión genital –tomada especialmente en referencia a la dimensión biológica– es un punto particularmente intenso, aquello que permite una relación profunda entre un varón y una mujer es la posibilidad de integrar tanto el dinamismo psicológico como el espiritual. De todos modos, no se debe perder de vista que la unión coital es la forma más elevada del sentido unitivo de la sexualidad, pero no es la única. El erotismo –sensualidad– y la comunicación íntima –ternura o cariño– son dos aspectos fundamentales de la comunicación relacionada con la actividad sexual. En cualquiera de los dos casos el placer es una variable de la comunicación y se lo debe analizar asociado a ambas manifestaciones.

El amor sexuado entre un hombre y una mujer implica que puedan donarse uno al otro, no sólo afectivamente, sino con el cuerpo, en la relación sexual, implica un compromiso y una entrega que puede significar la formación de una familia. Esto encuentra su máxima expresión en el matrimonio, como compromiso que une a un hombre y una mujer en un proyecto familiar común, a través del cual cada uno se entrega al otro para amarlo.

Para el ser humano su vida es un “tejido” unitario entre su dimensión corporal, sexual, afectiva, racional, social y moral. Todo eso (con otros aspectos que no se indican aquí) conforman una única persona que requiere de los demás y que habitualmente, además, pretende destinarse y donarse a otros, principalmente a aquellos que son más dependientes de él. Amar es cuidar la vida propia y la vida ajena; amar es “desvelarse” por el bien propio y ajeno; amar es un deseo y una necesidad irrenunciable para cada individuo.



Por consiguiente, en la formación del propio carácter, la afectividad y la relación de cada persona con su corporalidad son, sin duda, decisivos. Cuando se dice que el amor es una capacidad “esencial” que guía y orienta la existencia humana no se está señalando nada equivocado. La afectividad constituye un entramado relevante del modo de ser humano, de su identidad. En cierto sentido, la afectividad es el “lugar” en la interioridad humana que contiene los sentimientos, las emociones y los afectos, y el modo cómo el hombre los integra en su vida son fundamentales en lo que la persona es o llega a ser. Los estados de ánimo, sobre todo el estado anímico preponderante en un sujeto, son muy importantes al momento de evaluar o hacer consideraciones sobre una determinada persona (sea uno mismo o sea otro), porque precisamente nuestra relación con nosotros, con nuestros semejantes y con lo que acontece en el mundo transita por un soporte emotivo. Nos vinculamos de modo práctico, pero también anímico con la realidad. En el juicio sobre nosotros mismos no ignoramos el sentir que le acompaña. Nadie piensa algo acerca de sí sin tomar nota de cuánto y de cómo ese autoconcepto le afecta positiva o negativamente.

El amor es quizás el núcleo de esta afectividad humana. La dirección de este amor es el bien y, a la inversa, la dirección del bien es siempre un acto de amor al prójimo. Amar es la bondad encarnada y no hay bondad que no lleve amor en su raíz. Amar conlleva una decisión en favor de un ser querido, pero no sólo eso. Elegir el bien para cualquier persona es ya un radical acto de amor y es otro nombre de la mutua responsabilidad que a cada persona le cabe con aquel con quien le toca interactuar. El bien es la elección de un alma engrandecida por las virtudes y por la conciencia de que amar es un don que germina incluso en favor de uno mismo.

Educar a nuestros niños y jóvenes en afectividad y sexualidad es educar en el amor, en la capacidad de entrega para hacer feliz a otro, en el proyecto familiar que pueden desarrollar en el futuro, así como también en el respeto por su propio cuerpo y el de los demás, que implica respetar y respetarse como persona única, irrepetible, con dignidad inalienable, destinada a amar y ser amado incondicionalmente.

## Bibliografía

Arregui, J. V. - Choza, J. *Filosofía del hombre. Una antropología de la intimidad*. Ediciones Rialp, Madrid 2002.

Maurice Merleau-Ponty (1908-1961). *Fenomenología de la percepción*. Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1957 (traducción de Emilio Uranga).

Robert P. George.

*Moral pública. Debates actuales*. Instituto de Estudios de la Sociedad, Santiago 2009 (traducción de Myriam Rabinovich). “What’s Sex Got To do With It?” *Matrimonio, moralidad y racionalidad* (pp. 163-207).

“La ideología de ‘género’ y el ‘liberalismo gnóstico’”. *Revista Humanitas*, n°84 (pp. 72-85), otoño de 2017 (traducción de Tomás Henríquez).

Sherif Girgis, Ryan T. Anderson y Robert P. George.

¿Qué es el matrimonio? *Hombre y mujer: una defensa*. Instituto Respublica, Santiago 2016 (traducción de Miriam Rabinovich).

Martha C. Nussbaum.

*La terapia del deseo. Teoría y práctica en la ética helenística*. Ediciones Paidós, Barcelona 2003 (traducción de Miguel Candel).




## UNIDAD 4: YO PUEDO DEJAR HUELLA

La conciencia acerca de uno es, al mismo tiempo, una conciencia sobre las deliberaciones a las que nos somete la vida. Por ejemplo, una experiencia común de la etapa escolar es preguntarse qué se quiere ser y/o hacer en la propia vida. Esta interrogante, que cada uno se formula a sí mismo y que también los padres plantean a sus propios hijos surge más que nada porque parece necesario identificar los proyectos, conocer los planes de vida, pensarse de cara al porvenir. Si el hombre no fuese libre, nadie haría esa pregunta (ni a sí mismo ni a otro), puesto que la deliberación no existiría como realidad. Este primer conocimiento y reconocimiento de lo que cada uno es resulta, obviamente, muy significativo para descubrir los propios talentos, aptitudes, compromisos y tareas que se tienen por delante y que, por cierto, no se reducen ni se agotan únicamente en el propio sujeto, sino que influyen (el propósito es que sea para bien) poderosamente en otros.

Una primera idea importante, entonces, tiene que ver con la proyección que el hombre se plantea y que enlaza al individuo con su propia libertad. En un sentido básico, la libertad se enfoca de manera importante en una cierta relación con el futuro, pues al elegir queremos algo para nosotros mismos, o mejor aún, nos queremos a nosotros mismos en una determinada dirección. Eso dice relación con el título de esta unidad “Yo puedo dejar huella”. En general, es difícil que alguien piense su propia vida sin un deseo de consagrarse a una tarea que no sólo rinda frutos para sí mismo, sino también para los demás, para la comunidad en la que estamos insertos. Esta idea responde también a la tácita pretensión humana de “dejar huella”, pretensión que no hay que entender como “pasar a la historia” y que el propio nombre aparezca escrito con letras de molde en las páginas de una enciclopedia: es algo muy distinto y mucho más profundo: implica ennoblecer la propia vida actuando de modo tal que quienes reciban el influjo de esa acción se vean beneficiados o dignificados por ella. En el fondo, es comportarse no sólo para desarrollar la vocación más íntima que cada uno posee, sino para unir todo lo que uno hace poniéndolo al servicio de aquellos que son destinatarios de esa acción. Hay, casi sin duda, una natural inclinación y motivación de servicio en cada quehacer humano (entre otras cosas, porque es fácilmente perceptible la alegría que suele generar el comportarse bondadosamente con quienes demandan nuestra atención). Dicho de otra forma: prácticamente nadie hace algo que no quiera compartir y que no pretenda, a su vez, que lo que lleva a cabo no reporte un bien a alguien más. Esto va muy en concordancia con la frase que se le atribuye al filósofo francés Pascal: “Nadie muere tan pobre como para no dejar algo tras de sí”. Sin duda, esta cita refleja mucho de lo que puede decirse en estas líneas: el ser humano suele dejar huella, pero el trabajo de cada uno es intentar que el legado que quede tras de sí refleje esa bondad y una serie de otras cualidades positivas para con quienes se convive e interactúa de manera habitual u ocasional.

Es importante recalcar que nadie es el que es sin la participación de más personas, sin que haya incluso deudas de gratitud con quienes juegan un papel positivamente significativo en la biografía de cada cual. Muchos son partícipes de la propia como, asimismo, el yo es partícipe de la vida de tantos. La dimensión biográfica de la vida humana, en la que cada uno puede contar una historia acerca de sí mismo, incluye también de forma decisiva el lazo con todos a quienes nos debemos por las distintas relaciones que se dan a lo largo de la vida. Somos seres narrativos, lo que implica sostener un relato que no sólo se cuenta para sí mismo, sino también para otros y, por ende, ese aspecto de contar la historia de la propia vida es una manera implícita de querer “dejar huella” o, para ser más precisos, que la existencia que vivimos sea valiosa de ser verbalizada ante otros y oída por ellos, lo que supone sin duda entender y valorar la dimensión comunitaria, social de cada uno. Por cierto, este “dejar huella”, este “legado” no se genera automáticamente, sino que depende de las decisiones y acciones que moldean la propia existencia. Este relato que se describe a otro es una manifestación de confianza hacia el interlocutor, pues se le dice lo que uno es y también lo que a uno le interesa o proyecta llevar a cabo. En este vínculo íntimo entre hablante y oyente ya hay un afán por hacerse mutuamente partícipes de lo que también cada cual anhela para sí mismo y por lo que le gustaría ser recordado.



Conviene detenerse un momento en la siguiente idea. Las personas no vivimos vidas indiferentes. Por el contrario, ellas son muy relevantes y esa magnitud o importancia no es sólo para un sujeto particular respecto exclusivamente de sí mismo, sino que para varios individuos que se ven “tocados” por una determinada persona. Pensemos, por ejemplo, en los antecedentes familiares y en el contexto en el cual cada uno aprende, se educa y da los primeros pasos en su vida. Todo ello está enmarcado por la presencia y compañía de otros. De la misma manera sucede a la inversa: el yo que cada uno es resulta muy significativo para otros y de ahí que sea tan importante comportarse con caridad, con justicia, con responsabilidad, con sentido y conciencia de la participación que nos cabe respecto del bien para otros.

El ser humano vive en sociedad y con deseo de perdurar y trascender. Al mismo tiempo, es alguien que recuerda y eso significa que la vida de cada uno de nosotros se mueve entre dos polos muy importantes: 1. La memoria del pasado (los hechos ya sucedidos perviven a través de la reminiscencia). 2. El anhelo de actuar bien y de que al menos nuestros seres queridos y la gente con la que tuvimos una relación significativa durante la vida no se olviden de nosotros (una manera de permanecer en la conciencia y en el corazón de otros tras la propia muerte). Un deseo de permanencia que acompaña a casi todo sentir humano y que precisamente refleja o es espejo de la inquietud porque algo de cada uno (en lo posible, lo mejor) quede para las próximas generaciones.

En síntesis, y en un sentido muy importante, “dejar huella” (suponemos de modo virtuoso y noble) es una vía para descubrir en sí mismo aquello que quiere ser conservado y que nos parece digno de que también quede “registrado” para otros. Tal como describe bellamente en el libro *El mundo de ayer* -las bellas memorias del escritor austriaco Stefan Zweig-: “Sólo lo que se quiere conservar para nosotros mismos tiene algún derecho de ser conservado para el prójimo”. Querer “dejar huella”, entonces, no es más que el afán humano de que ni siquiera la muerte de uno mismo “apague” en otros el hermoso y valioso recuerdo que cada uno puede dejar en ellos. En conclusión, surge el deseo de que la vida que cada persona esculpe luzca como un resplandeciente tesoro, una existencia digna de preservarse en la memoria del prójimo.

## Bibliografía

Platón (2025) *Lisis. Sobre la amistad*. Editorial Universitaria, Santiago. (Traducción de Patricio Domínguez y José Antonio Giménez).

Benjamin, Walter (2023). *Iluminaciones*. Editorial Taurus, Barcelona. (Traducción de Jesús Aguirre y Roberto Blatt).

Jean-Louis Chrétien (2002). *Lo inolvidable y lo inesperado*. Ediciones Sígueme, Salamanca. Traducción de Javier Teira y Roberto Ranz.



# GLOSARIO

Para una mejor comprensión de los contenidos de la unidad, se incluye aquí un glosario con definiciones, descripciones y ejemplos, que el docente podrá consultar cuando surjan dudas.

## I. Conceptos de ser humano y persona

### a) Ser humano:

La esencia de cualquier cosa existente es común a todos los miembros de la especie y se expresa en su definición. Por esencia, todo ser humano es animal racional. Es decir, pertenece al género de seres vivientes “animal”, porque tiene conocimiento sensible y a la especie “racional”, que lo diferencia del resto de los seres vivos. Por ser racionales, somos libres y sociales. Por pertenecer al género animal, tenemos un cuerpo y debido a que nuestra especie es racional es que tenemos un alma racional que le da vida y unidad a un cuerpo humano. Cuerpo y alma pueden distinguirse conceptualmente. Sin embargo, en la realidad se encuentran absolutamente unidos. Somos, al mismo tiempo, un espíritu encarnado y un cuerpo espiritualizado.


El cuerpo está configurado por nuestra alma racional, desde la más pequeña célula y desde el primer momento. Esto, aunque aún no se haya desarrollado el uso de la razón, aún, sino que esté solo de modo germinal en nuestra esencia. Incluso, si por un accidente o enfermedad, no es posible ejercer los actos propios de la racionalidad y nunca se llegue a ejercerlos en toda la vida, somos animales racionales y nuestro cuerpo es un cuerpo espiritual (espiritual se considera aquí en el sentido antropológico, no necesariamente con una connotación religiosa).

El alma humana que da vida a un cuerpo organizado es racional, porque es capaz de formar conceptos que dan cuenta de lo que la realidad es. A partir de la captación de lo real en los conceptos, el alma humana puede crear nuevos mundos, culturas, nuevas formas de relación. Esto indica que el alma racional humana es espiritual, porque de ella pueden brotar novedades infinitas.

Esta unidad de cuerpo y alma podemos notarla en la especificidad y, a la vez, en la indeterminación del cuerpo humano, en comparación con el resto de los animales. Nuestras manos tienen pulgares separados que permiten la función de pinza, lo que posibilita la utilización y creación de instrumentos. Por ejemplo, permite la escritura que sustrae a nuestras ideas al paso del tiempo. La configuración de nuestra columna nos permite erguirnos y, de esta manera, mirar de frente, reconocer al otro. Pero podemos usar los pulgares para crear instrumentos que dañen a los semejantes o erguirnos para manifestar nuestro poder. De esta manera, podemos notar que el cuerpo humano está hecho para la libertad a partir del uso de la razón.

Todo lo anterior se aplica por definición a cualquier humano que exista, haya existido o que existirá en el futuro, en cualquier condición posible. Incluso a un ser humano ficticio.

**a) Persona:** Ahora bien, los seres humanos particulares, al momento de comenzar a existir y permanecer en la existencia, poseen un acto de ser personal. El hecho de ser persona hace al ser humano único e irreplicable. La persona es “substancia individual de naturaleza racional”. En este sentido, la persona subsiste por sí misma (el color y el tamaño, son ejemplos de cosas que solo pueden existir en otro ser), es racional y, gracias a esta capacidad de conocer toda la realidad en sí misma y no solo en cuanto satisface la propia biología, no se encuentra atada a los fines de la especie. Lo anterior, posibilita el desarrollo de su libertad; es decir, de su autoposición (es dueña de sí misma), autodeterminación (puede ponerse sus propios fines y los medios para alcanzarlos) y autorrealización (se despliega en el tiempo para alcanzar su plenitud).



En conclusión, el ser humano tiene características y fines que derivan de su naturaleza o esencia de animal racional, de su especie biológica. Sin embargo, por ser racional y libre es, sobre todo, persona. Este último aspecto le permite desarrollar su vida libremente, conociéndose a sí mismo, al mundo y a los demás para poder proyectarse y desarrollarse en el tiempo como decida hacerlo. La persona es máximamente individual, ya que nadie se pone exactamente los mismos fines ni dispone los mismos medios que los demás, aunque haya una base común. Esto hace de la persona un ser insustituible, sujeto de una dignidad especialísima y de la que se desprenden derechos inalienables. Debido a estas características, las personas desarrollan su existencia a partir de sus relaciones consigo mismo, con el mundo, con los otros y con la trascendencia (con el fundamento de todo cuanto existe). Las personas, crean mundos y culturas, no solo sobreviven en un ambiente natural determinado, como el resto de los animales.

## **II. Estructura de la persona humana: interioridad, intimidad, identidad, personalidad y carácter.**

### **a) Interioridad:**


Es el dentro del ser vivo. Todo ser viviente tiene una cierta interioridad. Entre otras cosas, en esto se distingue de los seres inertes, como las piedras. Si se rompe una piedra, “dentro” solo se encontrará más piedra. En cambio, en los seres vivos hay un “dentro” protegido de la mera superficie y en el que se incorporan elementos del exterior pasando a ser parte del ser vivo. Por ejemplo, una planta incorpora los nutrientes de la tierra, del sol y del agua y estos pasan a ser la planta misma. Ya no podemos encontrarlos como elementos aislados. Entre mayor el grado de complejidad del ser vivo, mayor es su interioridad y los actos que puede realizar desde sí mismo. Así, por ejemplo, el vegetal incorpora el alimento y, desde sí mismo, crece. No se necesita, ni se puede, estirar para que crezca, como podría hacerse con un trozo de pasta para modelar. En los animales, ya no solo queda dentro el alimento para crecer y desarrollarse físicamente, sino que también sienten el mundo a través de sus sentidos externos y lo organizan en la percepción. Entre más sentidos externos (tacto, gusto, olfato, vista y oído) tenga un animal mayor será su complejidad y su unidad. En los animales de mayor complejidad, quedan dentro de sí mismos las vivencias, lo que les permite aprender y adaptar sus acciones. Pueden recordar lo vivido e imaginarlo. Es el caso de los mamíferos de nivel superior, tales como el perro, el gato, el caballo o el delfín. Dentro de la escala de los seres vivos, los seres humanos son los animales superiores, ya que no sólo pueden guardar en su interioridad todo lo anterior, sino que también pueden guardar lo que las cosas son en sí mismas. Pueden formar conceptos. De esta manera, puede también poblar su interior percibiéndose a sí mismo, experimentando el mundo en el que se encuentra. El ser humano, de entre todos los seres vivos, es el que tiene una interioridad máximamente reflexiva, pues puede volver sobre sí mismo, conocerse conociendo el mundo y a los demás y crecer infinitamente hacia dentro.

### **b) Intimidad:**

Es aquella parte de la interioridad que el sujeto decide poner al resguardo de los demás. La intimidad nace de la capacidad de la persona de poseerse a sí misma desde la raíz de su ser. En su intimidad, la persona protege aquello que considera valioso de sí misma y que, por tanto, no quiere exponer frente a cualquier persona. El hecho de que el individuo pueda formar una intimidad está directamente relacionado con el pudor. No como vergüenza de sí mismo, sino como muestra del valor de lo que se es y como expresión de libertad de lo que se quiere guardar o comunicar, por medio del leguaje, del vestido o de la vivienda. La intimidad es la gran muestra de la capacidad de la persona de autoposeerse y ser dueño de sí mismo.

### **c) Identidad personal:**

Es el núcleo estable de la persona que se encuentra en el fondo del alma, en su interioridad e intimidad (es de carácter entitativa, es decir constitutivo de lo que la persona es). Es el eje central que hace que esa persona sea la que es, única e irrepetible. La identidad no es del todo definible racionalmente, tiene algo de inefable, por estar en lo más hondo del alma. Es incluso el gran misterio a develar para cada uno de nosotros, en vistas a desarrollarnos y lograr una vida plena. Es más profundo que el yo o la personalidad y más fundamental que el carácter. El individuo desarrolla una personalidad y un carácter que le permita -o no- encontrar ese núcleo profundo y llegar a coincidir consigo misma.



La persona madura es aquella que ha descubierto su identidad de manera estable y actúa conforme a ella. Como la persona es un ser en el tiempo y su existencia se despliega hacia el futuro, nunca termina de encontrarse completamente a sí misma en esta vida. Sin embargo, si puede lograr un autoconocimiento y autoposesión que le permita reconocerse como un ser único, amarse y darse a los demás desde lo que verdaderamente es. La identidad es lo que la persona es. En este sentido, es de orden entitativo, constitutivo del ser personal de ese sujeto humano específico.

Un signo de inmadurez, propia de la niñez y de la adolescencia, es el estar constantemente mostrando una forma de ser diferente. Esto es normal en dichas etapas vitales, porque se está descubriendo quién se es. Por tanto, la confusión es normal y, en ocasiones, necesaria para llegar a ese núcleo que, por distintas razones, puede estar más o menos oculto a sí mismo.

En la primera infancia, los niños y niñas creen conocer su identidad por lo que- los adultos que los cuidan les comunican que son. Incluso antes de ser capaz de reconocerse ante un espejo o expresar frases completas, el individuo tiene una cierta noción de sí mismo mediado por la palabra de la madre, del padre o del cuidador más cercano. En esta etapa, hay que tener especial cuidado en no calificar esencialmente al niño. Por ejemplo, no afirmar que es desordenado, sino proponerle mejorar su manera de comportarse para lograr un mejor orden y darle ejemplo. El niño se percibe como lo mira el adulto. Dicha percepción no solo está mediada por las palabras, sino también y, quizás de manera más significativa, por las emociones, las actitudes y conductas del adulto a cargo.

Luego, en la adolescencia, con el desarrollo de las capacidades altas del pensamiento, comienzan a mirarse como creen que los miran sus pares, se distancian de cómo los miran sus padres, se comparan con sus pares y, poco a poco, comienzan a reconocerse o distinguir quiénes son en esa interioridad profunda, íntima, en la que se les devela, paulatinamente, su identidad.

En un adulto, este cambio permanente de la autopercepción y el autoconcepto o de cómo lo comunica a los demás, es fuente de mucho sufrimiento para el individuo mismo y para quienes lo rodean. La persona necesita descubrir quién es para llegar a serlo y solo esto puede traerle plenitud.

#### **d) Yo:**

Es la identidad en movimiento, en su descubrimiento y despliegue temporal. Todo movimiento implica un sujeto que sostiene ese movimiento y que es su fundamento. La identidad personal es, por tanto, el fundamento y el yo, es el punto en el que el sujeto se vuelve autoconsciente y actúa, autogobernándose y autorrealizándose biográficamente desde el interior. Entre mayor es la unidad del sujeto, más coincide el yo del proceso con su fundamento único: el acto de ser personal.

El yo, que es el principal objeto de estudio de la psicología empírica, no es el fundamento de la identidad personal, sino una de sus manifestaciones. De esta manera, el yo fenoménico -es decir lo que aparece de nuestra identidad personal en el tiempo- se manifiesta como un yo corporal, un yo espiritual y un yo social. Esto no significa que sean distintos yo, sino que, en nuestra manera de expresar lo que somos en el mundo, en las distintas circunstancias, predominan diferentes manifestaciones conscientes de lo que somos.

Todos podemos reconocer personas que desconocen lo que son, su identidad profunda, y que notamos que viven en la superficie, solo en las manifestaciones externas de una personalidad inmadura e inestable.

En este sentido, tener una duda psicológica sobre la propia identidad, no implica un cambio sustancial de la persona, un cambio en lo que la persona es en su interior profundo. Significa, más bien, que la persona no ha logrado descubrir completamente quién es. No deben confundirse las manifestaciones fenoménicas (externas y operativas) del yo con su fundamento ontológico o de realidad personal que es la identidad.

### e) Personalidad:

Conjunto de características y disposiciones dinámicas incorporadas a la sustancia personal. Se constituye a partir de los actos más o menos conscientes del yo. Se forma a partir de la mismidad o identidad, en conjunto con la originalidad que se va adquiriendo mediante las decisiones libres. El yo administra conscientemente las riquezas propias de dicha identidad y originalidad y decide, cómo manifestarlas en el tiempo. Dado que los actos de la persona quedan dentro de ella y la van formando, se constituye a partir de ellos una determinada personalidad. La personalidad es la persona en acto.

### f) Carácter (ethos):

Es el conjunto de disposiciones morales adquiridas por el hábito y guiadas por la razón que nos inclinan a actuar bien. Es decir, de manera virtuosa. El carácter es una parte de la personalidad. Dentro de la comprensión de la persona, el carácter se refiere a aquellos rasgos que se adquieren a través de las decisiones libres reiteradas, dirigidas al bien propio y de los demás. La educación es el factor decisivo en la formación del carácter. Un buen carácter permite el desarrollo de lo que somos potencialmente por naturaleza y, por tanto, facilita el camino a una vida feliz. El carácter permite dar unidad a lo que somos, sentimos y hacemos.

## III. Instintos y tendencias:

### a) Instintos:

Respuesta de los animales a los estímulos del ambiente programada filogenéticamente, cuyo fin es la conservación de la especie.

### b) Tendencias:

Los seres humanos, a diferencia de los animales no racionales, no estamos programados filogenéticamente de manera determinante por la especie. Esto quiere decir que nuestra carga instintiva es débil y poseemos, en cambio, tendencias naturales que debemos guiar a través de nuestra razón y voluntad.

## IV. Bien, mal, virtudes y vicios:

### a) Bien:

Es lo perfecto o lo que perfecciona. El bien personal es todo aquello que perfecciona a la persona, permitiéndole desarrollar su propia naturaleza, la de sus semejantes, la del resto de los seres vivos y del mundo que habita

### b) Mal:

Lo que impide la perfección o la corrompe. El mal personal es todo aquello que impide la autorrealización perfecta de los que somos por naturaleza y por cultura.

### c) Virtudes:

Hábitos buenos que formamos para guiar a las tendencias naturales, a través del ejercicio de la libertad. Dichos hábitos son las llamadas virtudes. Son adquiridas, pero a medida que se practican pasan a ser una segunda naturaleza, toda vez que se puede responder paulatinamente de manera más fácil y excelente frente a ciertas situaciones similares mediante ellas. De esta manera, los hábitos pasan a ser disposiciones de carácter. La persona que dice siempre la verdad, no solo actúa de manera honesta, sino que es honesta. Por tanto, el ejercicio continuo de sus actos libres buenos la hacen desarrollarse como buena persona.

Es fundamental comprender que las virtudes, aunque tengan una esencia común, al ser actos personales, son siempre un justo medio o equilibrio relativo a cada persona. De este modo, por ejemplo, de dos personas que realizan el mismo acto rutinario de comer un gran plato de tallarines y carne, cada vez que llegan a casa por la tarde, una puede ser templada, pues es deportista y necesita esa cantidad de alimento para reponer sus energías y la otra, puede ser destemplada, porque come mucho solo guiada por el placer y se dedicará más tarde a ver televisión, sin pensar en que debe dejarle comida al resto de la familia. En este sentido, comer mucho o poco no es bueno ni malo en sí mismo, sino que depende de las circunstancias, motivaciones y características de cada persona en particular.

Otra virtud interesante de considerar como ejemplo es el orden, ya que los docentes suelen atribuirla automáticamente a los estudiantes que siempre tienen todos sus materiales en su estuche, mochila o estantes en el momento oportuno. Sin embargo, puede ser que el niño tenga siempre todo, porque tiene mucho susto a lo que le dirá su mamá en casa si falta algo o porque se ha apegado mucho a dichos materiales y pierde la paz, si no los tiene. En estos últimos casos, no se trataría de una virtud, sino de miedo, de un vicio de egoísmo o un apego desordenado.

La virtud, en este sentido, aunque posee algunos criterios objetivos observables, no puede ser medida absolutamente desde afuera de la persona. Por tanto, implica un gran esfuerzo de observación y conocimiento de cada alumno por parte de los adultos que lo apoyan en la tarea de crecer; en primer lugar, los padres y, en segundo término, los profesores.

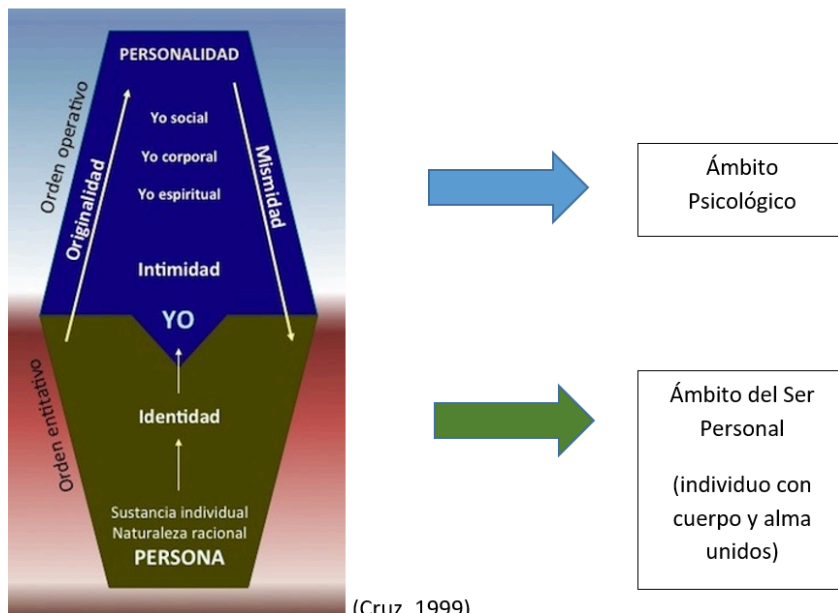
Muchas son las virtudes y podemos clasificarlas por tipos de acuerdo al rasgo personal que perfeccionan en los variados ámbitos de la vida humana. Dichas categorías de disposiciones se irán profundizando a lo largo del curso. Sin embargo, nunca pueden tomarse de manera aislada. Siempre van enlazadas unas a otras e implican a la persona entera: sus percepciones, emociones, deseos, impulsos, motivaciones, estilos de comportamiento, ideas. En este sentido, no son solo acciones que cumplen con un deber determinado, sino que implican a toda la persona humana en su unidad. Mediante las virtudes se forma el carácter de la persona que, como vimos, es el aspecto moral de la personalidad, que nos permite elegir constantemente el bien. Así, la persona honesta no solo manifiesta la verdad, sino que es honesta; se goza en la alegría de lo real.


**d) Vicios:**

Hábitos -acciones repetidas recurrentemente- que se transforman en disposiciones malas. No son simplemente el opuesto o la ausencia de la virtud, sino que separan, alienan incluso, al sujeto de la búsqueda del bien que supone la virtud. La persona viciosa no solo actúa mal, sino que, paulatinamente, se vuelve mala. El vicio, al igual que la virtud, transforma el modo de ser de la persona completa. En este sentido, por lo general, las personas comunes y corrientes no piensan en realizar acciones grandiosamente malas, sino que de a poco se van acostumbrando a realizar acciones contrarias al bien en pequeñas cosas, banales incluso, restándole importancia, hasta transformarse en sujetos egoístas que solo buscan bienes menores e individuales, que no consideran el daño que se hacen a sí mismos, a los demás o al medioambiente en el que viven. Estas son las personas malas o viciosas, aunque hoy se usen eufemismos, es decir, disfracemos esta realidad con palabras tales como cuidar el propio interés o velar por lo que cada individuo aislado considera su bien. La persona viciosa muestra falta de carácter, es decir, falta de dominio de sí misma y de sus acciones.

**Síntesis conceptual: La persona en el tiempo.**

El siguiente esquema puede ayudar a hacernos una idea de cómo estamos constituidos como persona.





Como todo esquema, es un modo que permite comprender mejor. Sin embargo, en la realidad personal todo se da de manera unitaria y nada se da de modo absoluto. En la persona, prima siempre la ley de la mezcla, de la conjunción y de lo irrepitable. Aunque todos compartimos una misma naturaleza, es decir, somos esencialmente iguales como seres humanos, como personas somos seres únicos.

Las personas estamos constituidas desde el origen como, sustancias individuales, compuestas de cuerpo y alma. Comenzamos a existir y nos mantenemos en la existencia, por un acto de ser único e irrepitable. Es aquí donde se encuentra nuestra identidad personal. Ser persona humana es ser un cuerpo espiritualizado y un espíritu encarnado. No existen personas sin cuerpo, ni personas sin espíritu.


Ahora bien, como somos seres biográficos nos desplegamos en el tiempo, de acuerdo con una historia que vamos poco a poco construyendo y en la que influyen muchos factores, también temporales. Lo que germinalmente somos -en semilla podríamos decir- se va manifestando operativamente a través de nuestras acciones. Nuestros actos son influidos por múltiples factores, tales como la familia en la que nacemos, el contexto y las circunstancias sociales en las que vivimos, la educación que recibimos, las amistades que formamos y las vivencias que cada uno experimenta de manera única. Todo lo anterior influye en cómo nos expresamos ante nosotros mismos y ante el resto. Cuando este modo de movernos en el mundo se repite, se transforma en un modo de ser y se forma la personalidad, uno de cuyos elementos centrales es el carácter. La conciencia de sí mismo es el yo, que es como el director de orquesta de todo lo que ocurre en nuestro interior. El ámbito psicológico temporal y el ámbito de ser personal se dan en una misma persona y se influyen mutuamente.

Cuando una persona madura, su personalidad llega a coincidir cada vez más plenamente con lo quien es en su origen. Por esto, se transforma en una persona estable y que, en su interior, encuentra la fuente de la paz y felicidad que vive y transmite. Por supuesto, esto es tarea de toda la vida, hasta el último minuto. En la vida humana, nunca está todo dicho, siempre se abren nuevas posibilidades. Este núcleo central de lo que somos, que llamamos identidad, nos asegura que ninguna circunstancia, por más trágica que sea, puede determinarnos definitivamente o condenarnos a la infelicidad.

Terminemos con un ejemplo. Consideremos a una niña que tiene una constitución física recia desde su nacimiento. Viene con una determinada carga genética. Pesó más de 3,5 kilos al nacer, midió 48 cm., no experimentó ningún problema en el parto. En suma, biológicamente vino al mundo en las mejores condiciones. Esta niña recién nacida no ha elegido el cuerpo con el que viene, es simplemente parte de quien es. Pero no es solo cuerpo, porque responde a los estímulos externos de una determinada manera desde sí misma y a partir del instante en que comienza su existencia. Tampoco, ella ha elegido esto. Es simplemente cómo se manifiesta ante nuestros ojos quién es.

A medida que crece, esta niña tiene diferentes experiencias que van influyendo su modo de ser en el mundo. Por ejemplo, puede vivir cerca de una carretera en la que, por la noche, se sienten ruidos muy fuertes que alteran su sueño. Lo anterior, produce que en el día esté irritable y nerviosa. La niña no es esencialmente irritable, sino que es su modo de responder frente a un estímulo que siente como amenazante.

Por otra parte, frente a las mismas condiciones, la misma niña, puede tener una madre que la acoge y la hace sentir especialmente segura; cada vez que el ruido la despierta, su mamá la mece cariñosamente. Probablemente, la niña entonces no desarrolle una personalidad especialmente irritable, sino que puede ser una niña activa, buena para los deportes y muy segura de sí misma. Puede ocurrir también que, a pesar de todos los esfuerzos de la madre, la niña sea una chica reservada y que prefiere las actividades tranquilas. Esto será así quizás, no por las circunstancias en la que le tocó desarrollarse, ni por las relaciones humanas que la sostienen, sino simplemente porque es parte de su identidad, de quién es en lo más profundo. Si a través de la educación, la fuerzan a expresarse y a hacer muchas actividades, puede que logre ser una niña deportista y, aparentemente, extrovertida. Sin embargo, lo anterior le producirá gran violencia interior y sufrimiento. Es por ello que como educadores, es necesario conocer bien a nuestros niños para que los acompañemos a desplegar lo que cada uno está llamado a ser, poniendo su propia forma de ser al servicio de los demás.



Todo ser humano busca conocer no sólo la realidad que le rodea, sino también de modo central a sí mismo. Ninguna persona puede saber sobre el mundo sin a la vez tomar nota del ser que es: de su historia, de su pertenencia a un entorno familiar y a un país o lugar, de sus aficiones, aptitudes e intereses, de sus emociones predominantes y de aquellos aspectos que quiere o debe corregir; en síntesis, de aquello que constituye de manera central su carácter y su especificidad. Este autoconocimiento es muy importante, pues es la base para una más armónica convivencia con los demás. El que se ignora a sí mismo no puede situarse adecuadamente en el mundo. De ahí lo fundamental que resulta descubrir ante los propios ojos esta faceta que podemos denominar “intimidad”, como el núcleo interior de cada persona que lo distingue frente a los otros y que, al mismo tiempo, sirve de punto de partida de todas sus relaciones.

En conclusión, para acompañar y orientar el proceso de crecimiento de la persona, es preciso conocerse profundamente a sí mismo, junto con desarrollar una gran capacidad de atención para comprender y respetar de manera absoluta al niño o adolescente que se tiene a cargo. Solo desde ahí, se lo puede ayudar a reconocer lo que es, a actuar en conformidad y a desplegar todo lo que es en potencia para alcanzar una vida feliz. En tal sentido, obviamente es conveniente que toda persona, sobre todo en las etapas iniciales de su vida (por ser aquellas en las cuales el individuo se está formando más significativamente), esté en un entorno familiar, afectivo y educativo que contribuya a que aprenda a conocerse, quererse y respetarse a sí mismo. y sea alentado y favorecido para ser alguien alegre, responsable, confiable

*pasos* UANDES

Síguenos  
@pasosuandes

